

# TOSIGO ARDENTO



JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

---

---

[*BEGAR EDICIONES*]

## TOSIGO ARDENTO

*Para  
María del Carmen Mari:  
The nobleness of life  
Is to do thus [Embracing]: when such a mutual pair  
And such a twain can do 't, in which I bind,  
On pain of punishment, the world to weat  
We stand up peerless.*

*«Exim Annaei Lucani caedem imperat. is profluente  
sanguine ubi frigescere pedes manusque et paulatim ab  
extremis cedere spiritum fervido adhuc et compote  
mentis pectore intellegit, re cordatus carmen a se  
compositum quo vulneratum militem per eius modi  
mortis imaginem obisse tradiderat, versus ipsos rettulit  
eaque illi suprema vox fuit»*

TÁCITO

I

Saliendo de la niebla en el frío

de una mar triste  
flotan los grandes balnearios.  
Las largas pasarelas de madera  
se pierden como en un espejo  
empañado

Sillones solitarios toldos a la deriva. Y  
escuchas  
el romper de un oleaje  
antiguo.

La proa de una barca  
se balancea solemne en la blancura. Recuerda el viejo  
automóvil de mi abuela —Finales de un Verano, los  
primeros  
fríos, al atardecer; unos hombres  
ciegan con tablachos puertas y ventanas  
en el caserón de la playa. Y el coche, negro, inmenso,  
magnífico, como una embarcación  
fúnebre—silencio de fotografía: Todos  
subimos. Veo alejarse la playa  
por la ventanilla el viento mueve las palmeras

Mientras

envejezco. Unas  
muchachas pasean  
con pies desnudos por la arena abrigan  
sus cuellos con sus brazos  
en torno del jersey. Las oigo  
reír. Sus rostros  
se pierden en la niebla Las olas rompen  
lentamente. Como lisos  
animales moribundos  
crujen los embarcaderos.

Llega

con el ruido del mar  
la música de unos altavoces  
lejanos, una pista  
de coches de choque.

Terrazas  
de playas solitarias,  
con el vaso en la mano

Siempre has sido  
nocturno. Por eso amas  
Istanbul, suntuosa, y amas Venezia,  
y la madrugada de New York, coches  
de policía en la lluvia.

Sí,  
Recuerda: el Atlántico en la soledad de los muelles,  
el chapoteo en los pilares mueve el agua  
cadáveres de ratas, las  
luces  
como un tren fantasma  
de un trasatlántico alguien cruza

por el suelo mojado, con  
botas de agua, en el silencio  
helado, al fondo  
de enormes puertas metálicas

Como ahora se pierden  
sobre la mar quieta  
los grandes balnearios destruidos,  
sus largas pasarelas misteriosas.

Damas fosforescentes  
pasan lentas. Las gaviotas pasan al otro lado de la  
niebla. Las patas de la mesa  
se clavan en la arena,  
rompen conchas. El

Mundo se derrumba. Ah,

maravilloso. Veremos una caída memorable.  
Contemplándola, afirma el gesto da  
una  
propina.

La hubiera dado aquel  
niño que iba en el automóvil de tu abuela,  
la playa alejándose  
las palmeras brillando con el viento. Deja

pasar la noche, bebe,  
escucha  
la mar que

rompe  
contra los balnearios destruidos.

Al otro lado de estas aguas  
Alejandría, Esmirna, el Sueño de Alejandro, callejuelas  
sucias  
de algún puerto

Y

Oye esa musiquilla que viene  
desde los altavoces de una pista  
de coches.

Una vieja  
y dulzona y  
estúpida  
canción

Alguna noche, en Piazza  
San Marco, contemplando  
su esplendor,  
imaginaste  
aquel era el lugar  
perfecto  
para acabar tu vida. Sí, ahí, la última botella,  
las orquestinas  
tocando, pasan japoneses y adolescentes  
bellísimas,  
la sombra de Ezra Pound.

Sí, pero  
no en Invierno, pensaste,  
aunque sería más honorable, sino  
una de esas  
noches asombrosas de final de Verano  
entre cientos de turistas, un vals ramplón,  
tu memoria es como la cama de una puta. Y, tú,

uno ya con la grandeza  
de la Piazza,  
van haciendo su efecto los somníferos,  
irías viendo desdibujarse las columnas, las cúpulas  
de la Basílica apagándose en tu cabeza  
la música, las voces Pensarías  
quizá, Las  
Meninas, The Winter's Tale, María Callas, tratando  
de mantener un gesto  
orgullosos.

Mientras  
los palacios se borran el agua  
pudre los cimientos las piedras cubiertas  
de verdín.

Por

Dios, déjalo! Todos se han ido!

Y levantas  
ante el esplendor de la Luna  
esa otra Luna de tu desasimiento

Hay luces en la niebla.  
Lejos. Como perlas.  
Pasa la mar su lengua. Pasan  
mujeres de oro y automóviles  
fascinantes. Oyes  
una canción de las que llaman  
españolas. Las luces de una noria. Apuras  
tu copa.

Besarías  
a la Muerte en la boca.

Algunas parejas  
se  
abrazan, como fantasmas  
en la niebla de las pasarelas.

Nada

tienes.

Esa arena  
que tomas en tu mano.

Existió una mañana

—los palacios se reflejaban en el Gran Canal  
como joyas tiradas en una sábana de seda—

Yo recorría los salones  
de uno de esos palacios.

Estaba lleno de turistas,  
asombrados del lujo;  
una—supongo—profesora  
monologaba ante unos chicos  
sobre cierta tela.  
Miraban  
no ya como si aquello  
fuera el pasado (incluso  
yo, a quien tanto consuela esa belleza), sino  
como signos  
indescifrables de otro mundo.  
Pensé que aquellos techos y pinturas aquellos  
muebles y objetos  
preciosos, aquellas ropas todo, alguna vez  
fue elegido por alguien (alguien cuya vida  
casi ni imaginar podemos)  
porque era el decorado natural  
de su vivir

Nosotros deambulábamos por un acuario muerto,  
pedazos de un sueño abandonado  
ya sin ninguna relación  
con nuestra vida.

Y pensé en las Stanze  
del Vaticano,  
creadas para gozo de un gran Papa  
El hubiera  
estrellado su copa contra un fresco  
en una noche deliciosa  
Y Rafael hubiese decorado de nuevo esa  
pared,  
y quizá aún mejor.

Ahora esa belleza  
era algo que debía  
ser vigilado, protegido, gloria  
irrepetible, extraña,  
que moría  
en los ojos  
de quienes ya no pueden concebirla.

Pero quizá esa fuera  
mi suerte. Ver el final.

Y como esa belleza

la soledad de mi memoria.

Y es por eso  
que no debes temer  
la muerte Ni siquiera  
la imagines honorable,  
orgullosa, engastada  
en esa joya espléndida  
de la Piazza.

Puede llevarte un día  
entre los hierros quemados  
de un coche. O mueras solo en un hotel.  
Toma un puñado  
de arena. Está húmeda. Es como tomar  
una huella en la mano. Escucha  
el chapoteo del agua

contra los pilares

Solemnes, abandonados, en la  
niebla,  
flotan los grandes balnearios.  
El rumor de esa mar  
que rompe, oscura; casi  
comprendes todo. Estás bebiendo  
contra un fondo de luces nimbadas por la niebla  
de una pista de coches  
de choque. La Muerte baila para excitarte  
en una pista de cemento una canción  
estúpida. Pasan  
niñas que son abismos.

Ah, escucha. Son los remos  
de las naves griegas. Oye

el zzzzzzzzzzz de las gaviotas

al atravesar

la niebla.

Cielo de carne  
húmeda.



El mundo se detiene.

del suicidio.  
Luna violenta de Vivaldi.

Dioses

## II

Si esto sólo  
hubiera permanecido Si no leyésemos a  
Homero,  
Virgilio, Tácito. Si ninguna

ruina  
hubiese llegado a nuestros ojos

bastaría

esta columna,  
solitaria en el borde del promontorio,

con la altura justa para que un hombre  
la use como descanso, y al frescor de los pinos  
contemplando el paisaje  
deje volar sus pensamientos.

Columna en el sol de la tarde  
inmensa de Sicilia. El paseante  
se detiene asombrado.

Todo es locura fuera de este ámbito.

Y apilamos unos leños  
junto a ella, e hicimos una hoguera,  
y mirando el fuego bebimos vino  
y el poniente como un pavo real  
fue cerrándose solitario y lejano  
al fondo de las aguas. Alguien entonó  
versos de la Iliada, exaltando  
un desafío y el valor de unos hombres  
ante sagradas puertas.

Cómo

calentaban  
el corazón cómo  
revivían  
la emoción más antigua,  
la de la fama, la sangre y la victoria.

Un perro  
que bajaba del monte  
se acercó. Le tiramos

un pedazo  
de pan.

La columna  
se recortó en la luz  
de una grandiosa noche que ascendía.

Sí. Esa claridad.

Decidida por alguien

contra el mismo Destino.

Nos tumbaremos junto a ella,  
a mirarla  
y a lamernos las heridas.

Y III

Shakespeare salvó por poco  
la  
cabeza. Es algo  
en lo que debemos reflexionar medirnos

cuidadosamente  
el  
cuello.

Después

viaja. Conviene  
(sin embargo)—mientras discurre  
como un ciclorama  
el paisaje—conviene  
meditar mucho aquello  
que Montaigne escribió: la necedad es amo  
tan implacable  
que no sólo corrompe mi  
juicio, sino  
también  
mi conciencia. Y

Oh, sí, Mundo, Pasa!  
Stendhal se sentó en este  
café.

(acaso  
aún no se ha sentado  
Stendhal  
en  
este  
café) Recuerdo una noche era Invierno la  
Luna era una diosa solemne.

Brillaban  
las puertas del Florian  
como mariposas de oro en la niebla.

Estaba yo bebiendo lentamente  
cuando entró una pareja y tras de ellos  
un perro.

Se sentaron  
bajo una de esas pinturas agradables  
de Casa y Carlini. Un camarero  
vino y sirvió café, unas pastas.

Se retiró. Y al poco rato  
apareció llevando una escudilla  
de plata, llena de agua,  
y la dispuso junto al perro.

Ese esplendor no se improvisa.  
Como los ojos de los niños limpiabotas  
de Istanbul, como la lepra en El Cairo.  
Saber que un fin de mundo  
no es más que la vana repetición  
de ciertas desventuras ya sabidas,  
y jamás con interés superior al de un servicio  
crepuscular y perfecto.

Bien.  
Shakespeare salvó por poco la  
cabeza. No lo olvides. Es algo que debemos  
tener siempre  
presente. Aprende  
a sobrevivir. Siempre  
ha valido  
poco  
nuestra cabeza.

Recuérdalo.

Recuérdalo

mientras pasan las góndolas  
como labios de la Muerte mientras pasa tu vida  
y la reconoces en algún  
fragmento  
pasan

aves la niebla. La mar rompe  
contra los muelles. Y

nada significa  
nada, la Historia  
carne podrida,

ah, y tú,

bebedor solitario

que lo ves todo  
ah, tú,  
que sabes el final

Contemplas

en la luz del crepúsculo  
fachadas serenísimas, ves sobre la Dogana  
apagarse el oro  
del mundo, la Fortuna de pronto quieta  
en el silencio de los vientos, notas  
cómo se hunde la ciudad

Has visto el tiempo en las aguas.  
Y lo que amabas, lo que respetabas, flota  
como desperdicios en el oleaje.

Piensa en Shakespeare.

Recuerda qué hermosa es esta Piazza  
para morir.  
Sin conocer a nadie. Una de esas magníficas  
noches de Verano, las orquestinas tocan, todo  
está lleno de gente  
desconocida. Unos somníferos.  
Y alcohol.

Mientras la Luna pasa  
y ves desvanecerse la belleza.

Dirían, luego: un extranjero, sí, quizá el corazón. Antes de  
hacerte la  
autopsia.

Qué encontrarán.

Calles que ciegan al viajero, rostros  
de mujeres.

La  
noche es una locura. Tiene  
brillo de espejos. Sientes  
cómo el alcohol es uno  
con tu cuerpo,  
te hace perfecto como un verso de Virgilio.

Todos  
los que fui han ido  
muriendo en noches  
así. Apuras  
el último  
trago, sales, notas el frío en la  
cara, pasa un taxi

Después está el desierto. Rimbaud lo atravesó.  
Sí, Rimbaud, aquel enfermo atroz.  
Defendiendo  
su cinto con monedas.  
Yo lo recuerdo, entrando al Jeu  
de Paume, en la salita  
de la izquierda, en la tela  
de Fantin-Latour. Ah, una  
de esas noches orgullosas,  
juntos los amigos, bebiendo, soñando  
con la gloria, al lado de Verlaine,  
Luna de aquellos cielos.  
Ah el verso que no moriría.

Tiene los ojos idos. Quizá es la noche  
del célebre Merde  
à la Poésie.

Posa—creo—. Sabe  
que otros como él visitarán ese retrato

Verlaine brilla.

Ese merde  
aún le parece  
fe en la Poesía. El la ha visto  
perderse, mientras acaricia una copa verdosa la ha visto  
borrarse en la  
niebla de un sucio callejón, como  
una  
puta que  
se retira  
cansada

En  
la noche vidriosa

beben.

Pienso  
en  
dos acontecimientos  
posteriores:

Ernst Jünger  
contempla  
desde una ventana del Majestic  
París apagado. Sea cual sea el vencedor

en esa guerra que tras los cristales empañados

Se acabó.

Una cabeza  
que había ensanchado los límites  
de la inteligencia, el valor, la tolerancia,  
muere. En un espejo  
lleno de sangre  
se contempla  
satisfecho un indeseable. Tiempo

de asesinos, había soñado  
el joven de la tela que comento.

Y años

después, en un pueblo pequeño  
de EE.UU. un ex-soldado  
entra  
en un snack, lleva dos rifles, una  
pistola, empieza  
a disparar contra la gente, no  
selecciona, mata  
a veinte. Deja de disparar  
cuando ya no le distrae.

Bien. No hay que

llevarse las

manos  
a la cabeza.

Es

normal sucede.

Y quizá de todos  
los que allí comían, puede que solamente el  
asesino  
guardara en su corazón algo de vida, quizá  
era el único  
con quien podrías sentarte  
a beber.

La televisión informó de ello  
inmediatamente. Pudimos ver los cuerpos.

Tiempo

de asesinos.



Cuando las luces de las avenidas  
brillan como un chasquido en las aceras mojadas.  
Y pasan automóviles  
bellísimos damas  
de poderosas  
miradas.

El viento viene lleno de cristales,  
arrastra miembros,  
fetos atrancan los desagües,  
y en New York asoman con la madrugada  
sacan su cabeza por  
agujeros en las avenidas  
seres de ojos blancos y sin pelo.

Los que han de sobrevivir.

No

Rimbaud, que posó esperándolos.  
Ni Verlaine, sombra inaudita  
de la Luna.

Ved los seres albinos,  
habituados a los desperdicios,  
  
sus animales fríos.

Eso es cuanto quedará.

Muchas veces he leído  
en la admirable VIDA DE POMPEYO,  
su muerte. Y a esas páginas  
insuperables me remito.  
Pero insistiré sobre una imagen:  
cortaron su cabeza, conservándola  
para comprar favores  
de César, quien  
despreciaría la ofrenda (y apartando  
su  
rostro, lloró,  
dice Plutarco).  
Quedó tirado el cuerpo en una ciénaga;  
su liberto, Filipino, lavó los restos en el mar  
y con unos maderos de una barca  
erigió la pira funeraria.

Entonces alguien se acercó,  
alguien que en su juventud había sido  
soldado en las Legiones de Pompeyo,

y en nombre de esa gloria veló el fuego  
hasta que el más grande de los capitanes  
fue ceniza.

Quizá estos versos  
repitan ese gesto,

y velen

otro cadáver:  
el del Arte.

Porque sólo esas cenizas.

La madrugada tiene un brillo  
lunar  
de desesperación

Sí, escucha.  
Cuidado con tu cuello.  
Shakespeare lo  
salvó

por  
poco.

La noche

es hermosa, divina.  
Tampoco importa mucho  
que una Civilización  
se hunda.

## TOSIGO ARDENTO

### I

Lo Pagán, Septiembre de 1983;  
Venecia, Invierno de 1983-1984;  
Taormina, Enero de 1984;  
Milán –París, Febrero de 1984;  
Sevilla – Cartagena, Octubre de 1984.

### II

Roma (Villa Doria-Pamphili), Junio de 1982;  
Lo Pagán, Noviembre de 1983;  
Locarno, Enero de 1984;  
Cartagena, Marzo de 1984;  
Roma, Mayo –Cartagena, Julio de 1984.

### III

Cartagena, Diciembre de 1983;  
Lausanne, Enero de 1984;  
Sevilla, Abril de 1984;  
Cartagena, Agosto de 1984;  
New York, Invierno de 1985.